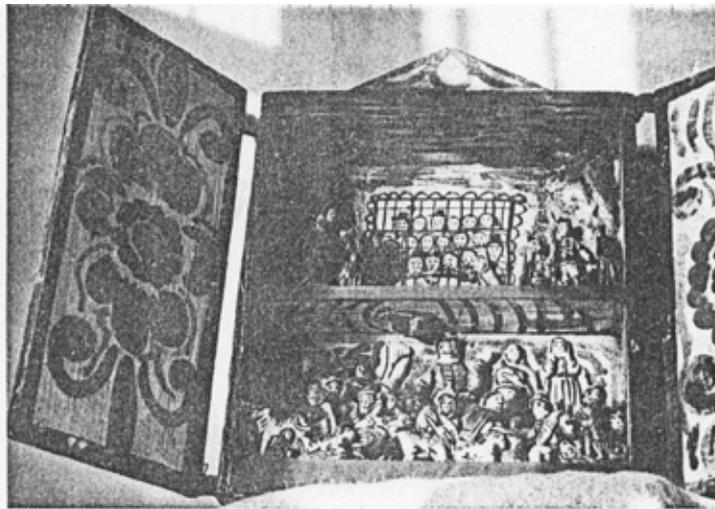


LA GRAN AUSENTE



Retablo San Marcos, difundido como otras expresiones de arte por Alicia, que inició su colección en 1934.



Alicia Bustamante. Ha protestado siempre contra la mistificación del arte popular. (Abajo). Cruz de Huancavelica. Se exhibió en la muestra del Museo de Arte, "La Artesanía del Perú y sus orígenes".



CON un peinado a la garzón y sus libros bajo el brazo parecía una colegiala. Para ella las calles no habían crecido. Lima seguía siendo una aldea con su cielo de bombo gris. En vano aullaban los monstruos motorizados. Alicia pasaba sin inmutarse entre ellos, esquivándolos, como si fueran sólo perros de metal. De Chota a la plazita de San Agustín, catorce o quince cuadras, ligera como un toro, mientras el tiempo hacía trampa en cada esquina.

"Por favor, no digas nada de mí. Habla sólo de la colección".

Y en sus ojos, de niñas encandiladas, que antes eran risueños, tal vez un charco de agua y otro en el corazón.

Con amor a la tierra

Ahora que no quiere ver a nadie, que se esconde tras el garboso caballito de barro o de la cruz de mayo, para no dejarse sentir, recojo su generosa sombra de allí, del San Jorge brotado de las manos agrarias de Tineo, de las iglesias panzonas que retozaban al sol en las calles de Quimua, del torito peleador de belfos sudorosos cocinado en los hornos de Santiago de Pupuja, de la Mamacha opulenta de los Mendivil, del tumbamonte huanca, graficado en la bronceada piel del mate.

Alicia, gran mujer del Perú, hecha por algún dios de los nuestros, con buena tierra, para amar como nadie estas cosas. Quién sabe ahora, niña del alba, con una larga ausencia en los espejos del alma, pero presente en ese mundo encantado que siempre será suyo.

Semilla de dos amores, Carlos Bustamante, vigoroso tronco arequipeño, y Josefina Vernal, de esas bravas mujeres que dejaron al sur su Tacna irredenta, por no verla esclava, heredó de ambos el intenso amor por la tierra.

Sabogal y Julia

Sé muy bien que a Alicia Bustamante no le va a gustar nada de esto. Es tan modesta. "Pero no digas nada de mí. ¡Habla de la colección! Dí que no tiene sitio en esta ciudad demasiado grandé para todo y sin embargo chica para nuestras cosas".

Lima la veía pasar, con su melena de colegiala y sus sueños bajo el brazo, haciendo girar sus ojos claros, como dibujados a compás. Ansiosa de saber, bebiendo las palabras del león indígena de Sabogal, en Bellas Artes, o comulgando amistad con Julia Codesido, Camilo Blas y otros del famoso grupo que pintaba Perú contra la oposición del resto.

Arte de siglos

Lima no es el Perú y el Perú no está a la vuelta de la esquina. En 1934, cuando Alicia se puso a caminar, tendiendo su alma como un puente entre pueblo y pueblo, el Perú no sólo estaba lejos, no existía para los snobs, y ella demostró lo contrario.

"¡Alicia! ¿Cómo has de ir así...?". Y Alicia se iba, encogida como un ovillo en el último asiento de un ómnibus destartado, a nutrirse en las glorias agrestes del artista que, al calor del fogón o en su trastienda oscura, hacía arte con gallardía de siglos.

Antes que ella nadie le había dado atención al arte popular. Alicia fue la primera. En cada viaje volvía con los cabellos llenos de polvo y los zapatos rotos. Sin los centavos ahorrados al hambre pero feliz de agregar algo más, a la colección que inició con el

entusiasta aliento de Moisés Sáenz, ese gran mexicano que comprendía sus afanes.

Sin que nadie la nombrara, sin otro título que su profundo cariño y devoción, Alicia ha sido la más grande relacionadora pública del arte popular. En Europa, a donde viajó muchas veces con su colección, deslumbró y estremeció a los viejos sibaritas del arte con el vigoroso mensaje que llevaba.

La Peña "Pancho Fierro"

Un día fundó una Peña que se hizo famosa en el mundo. La Peña "Pancho Fierro" que se estableció en la plazita de San Agustín, bajo un alero de palomas y campanas, y a donde concurrieron muchos hombres ilustres a empaparse de Perú.

Alguna vez Paul Rivet, el sabio francés que buscó el origen del hombre americano como una flor perdida en los Andes; Pablo Neruda, con su voz de fonógrafo viejo y sus versos proletarios; Rafael Alberti, el poeta de alma marinera, saturada de sales eternas; el gran Siqueiros, de musa con banderolas y fusil; para admirar en sus piezas la hondura del alma popular en la dimensión del arte, el lenguaje de los colosos.

La Peña era como el consulado de los pueblos de adentro y por eso cuando, treinta años después, Alicia recibió un aviso de despedida, fue como si el dueño de casa arrojara a la calle a todos los artistas populares del Perú.

Enferma de melancolía e incompreensión, desprendió su colección de las paredes y se fue, dejando huérfana a la plazita, que nunca más cobijará a los soñadores y trotamundos de cinco continentes, ni tendrá aroma de duraznos con pisco y color de huaynos en las madrugadas.

Venciendo el rigor del invierno limeño que levanta en el aire sus palacios de bruma, Alicia intentó reabrir la Peña en Chota, y no pudo. Hay resortes sutiles que se rompen cuando se ha amado o se ha luchado mucho. La colección tuvo que ser almacenada y allí está, sin sitio, en una ciudad que crece cada día, pero que no tiene instituciones ni personas que se preocupen de colaborar en estos esfuerzos por la cultura.

Si los artistas populares supieran que los necesita y que está sola, acudirían tal vez para arroparla con su cariño. Pero Lima es muy grande para su voz y los pueblos están demasiado lejos. Decepcionada y triste, Alicia sustrae su imagen para tomar cuerpo en las cosas que ama hasta el delirio. Quien quiera buscarla la encontrará siempre en los retablos de San Marcos, en las cruces de lata de Ayacucho, en los Reyes Magos que pasan por San Blas, como fantasmas de oro. Es decir en todo ese arte popular que levantó con su alma.

Adivino lo que hubiera dicho esta vez en que hay dolor en su corazón y simiente de sombras.

"¡Alfonsina, ya no digas nada de mí. Habla sólo de la colección. Me preocupa saber qué será de ella!".

Su reclamo trasciende más allá de las palabras porque no es sólo una valiosa colección de cientos de piezas que debe ser conocida, para que peruanos y extranjeros puedan calibrar la dimensión del alma popular. Sino que hay en ella una larga cronología de arte, de tradiciones, de costumbres, de vida, en fin un Perú palpitante, ese mismo que fue descubierto cuando Alicia inició sus viajes por el País de las Maravillas del Arte Popular.